

los jugadores famosos, de los grandes maestros del ajedrez, figura un número de apellidos españoles—como Martínez, Golmayo, Ponce, Vázquez, etcétera,—mayor que el que figura entre los nombres famosos en ciencias, artes y letras. ¿En qué consiste esto?

Algo se me ocurre á este respecto, pero el haber alargado ya lo bastante este escrito, me impide, afortunadamente, el decirlo aquí. Tal vez es mejor para callado.

ARTE Y COSMOPOLITISMO

Mi óptimo amigo y paisano Grandmontagne creyó bien, á lo que parece, publicar una de las cartas que en privado le he dirigido, carta en que con la franqueza que nuestra buena amistad otorga, declaraba yo ciertas opiniones que respecto al estado de la literatura argentina abrigo, y que no he hecho públicas por falta de los comprobantes todos que creo necesarios. Pero debo felicitar me de ese amistoso celo de mi Grandmontagne, porque la tal carta me ha valido otra interesantísima (inédita ésta), del Sr. Martiniano Leguizamón, y el hacer con este insigne literato conocimiento, pudiendo así haber saboreado sus *Recuerdos de la tierra*, su *Calandria* y su *Montaraz* con que ha tenido la bondad de obsequiarme. Y, como lo que tales obras y la carta de Leguizamón me sugieren podría interesar á los habituales lectores de *La Nación*, allá van algunas reflexiones acerca del cosmopolitismo en el arte.

Díceme Leguizamón que se sintió molestado por el *chaguarazo* (¡linda palabreja!) que en tal carta

les asesté. Lo siento de todas veras, pero ocasión se me brinda que ni pintada de remediarlo.

Soy uno de tantos españoles que al cojer una obra americana queremos nos traiga soplo de la vida de la tierra y de la gente en que brotó, intensa y verdadera poesía, y no literatura envuelta en tiquis-miquis decadentistas y en exóticas flores de trapo. Hace años que leí el hermosísimo *Martín Fierro*, al que dediqué un estudio, y Carmelo Uriarte, mi paisano y entrañable amigo de la infancia, me proveyó de no pocas silvestres flores de la literatura gauchesca. Remitióme últimamente las populares novelas de Eduardo Gutiérrez, tan ricas en primera materia poética, sin desbatar apenas, y leyendo *Juan Moreira*, me decía: ¡que cantera! Mi buen amigo, el autor del hermoso *Nastasio*, Soto y Calvo, me regaló, por su parte, sus obras y dióme á la vez á conocer las de otros escritores criollos, *Fray Mocho* entre ellos. (¡Qué buenos ratos debo á *Un viaje al país de los matreiros!*) Y de todo ello nació en mí el deseo de dedicar una obra á la actual literatura genuinamente argentina. Y ahora la carta de Leguizamón me induce á anticipar, á reserva de ulteriores rectificaciones, algo acerca de las dos principales tendencias que creo se disputan el campo ahí, algo acerca de la lucha entre el nacionalismo y el cosmopolitismo en literatura.

En una mi carta dirigida á Soto y Calvo, que este buen amigo ha puesto al frente de su «evocación de un poema argentino» *El genio de la raza*, expuse lo más condensado que me fué posible mi

concepto acerca del cosmopolitismo en poesía, y como en contestación de ello, el crítico que en *El genio de la raza* se ocupó desde las columnas de *El País*, del 25 de Junio último, repetía aquello de que la poesía no tiene límites ni fronteras, no sabe de razas, de religión, de lengua ni de patria, que como hija de la sensación, de la imaginación y del sentimiento es universal, y que el patriotismo en arte es una ficción peligrosa que puede ocasionar incurable raquitismo en las literaturas jóvenes y sin tradiciones. ¡Peregrina psicología y profunda concepción del arte!

De lo que más sabe la poesía de todos los tiempos y de los países todos, es de razas, de religiones, de lenguas y de patrias, como que éstas nutren, abrevan y visten á la imaginación y al sentimiento, ni hay cosa que encanije á la poesía más que un estéril y abstracto cosmopolitismo, lo más opuesto que cabe á la honda y positiva universalidad. Decíame en cierta ocasión el gran poeta portugués Guerra Junqueiro, que en España no debemos de tener poetas, discurriendo así: Han recibido ustedes un gran golpe; el curar y reponerse de él, cosa es de tiempo, de régimen, de paciencia y de trabajo; pero la queja, el grito de dolor, es del momento, y puesto que aquí nadie se ha quejado con alguna fuerza, que yo sepa, es que no tienen ustedes poetas en España. Y como yo le contestara, por vía de argumentación: «ó que no son patriotas», replicóme al punto:—«No, no es posible; un pensador, un filósofo, un sociólogo, puede no ser patriota; pero un poeta, si no

siente lo que en derredor tiene, lo concreto y vivo, con mayor fuerza que lo lejano y abstracto, será cualquier otra cosa, pero poeta no.» Algo estrecho es, sin duda, este concepto, pero encierra una mayor alma de verdad que el opuesto concepto del crítico de *El País*.

Aunque lo he dicho y repetido, á repetirlo vuelvo: «es dentro y no fuera donde hemos de buscar al Hombre; en las entrañas de lo local y circunscrito, lo universal, y en las entrañas de lo temporal y pasajero, lo eterno». Fuera de cada particular recinto no hay sino el espacio geométrico, abstracción de frías teorías euclidianas ó metáeuclidianas; fuera de nuestra hora de dolor ó goce no hay sino el tiempo matemático; la infinitud y la eternidad hemos de ir á buscarlas en el seno de nuestro recinto y de nuestra hora, de nuestro país y de nuestra época. Eternismo y no modernismo es lo que quiero; no modernismo, que será anticuado y grotesco de aquí á diez años, cuando la moda pase.

Así como no conozco doctrina que más ahogue la individualidad que eso que, por antitesis tal vez, llaman individualismo, tampoco conozco credo que más desconozca la universalidad, la humanidad más bien, que el credo cosmopolita al uso. Trátase de llegar por él á un hombre común, hombre-tipo, pero es á un hombre esquemático, logrado por vía de remoción, que diría un escolástico, á un pobre bípedo implume que se vista por el mismo patrón en todas partes, á la última moda de París y de Nueva York, y con el inevitable tubo

sobre la sesera. Es decir, el hombre para el traje y no el traje para el hombre, principio esté último á que obedece el atavío del charro á quien desde un balcón miro con su gorrilla, sus ceñidos calzones, su cinto de media vaca y sus polainas para montar garboso su jaca, tras la vacada ó el gaucha de ahí con el traje que su vida le hizo.

Humanidad, sí, universalidad, pero la viva, la fecunda, la que se encuentra en las entrañas de cada hombre, encarnada en raza, religión, lengua y patria y no fuera de ellas, no en el abstracto *contratante social* de los jacobinos. El genio mismo ¿es otra cosa que lo universal revelándose en lo individual y en lo temporal lo eterno? Shakespeare, Dante, Cervantes, Ibsen, son humanos en fuerza de ser inglés, florentino, castellano y noruego, respectivamente.

Dante ha cobrado la ciudadanía del mundo y de los siglos porque en puro ser el más italiano de los trecentistas italianos y el más trecentista de los italianos trecentistas, llegó á la roca eterna del hombre de Italia en el siglo XIII, al hombre de todos los tiempos y países, al Hombre.

Juzgando Enrique D. Davray en el *Mercure de France*—revista grata á los cosmopolizantes argentinos, creo—las obras de Rudyard Kipling, hacía constar que sus mejores relatos son aquellos cuya acción en las Indias pasa ó que se refieren de algún modo á las Indias, donde vivió Kipling los años de su infancia y de que ha conservado impresiones extremadamente vivas. Y añadía estas notables palabras: «Pero no cabe ser niño en dos paí-

ses diferentes, lo que se comprende bien leyendo las otras novelas que á cualquier otro asunto se referan. Adviértese en ellas en demasía el esfuerzo del autor y el aprovechamiento de notas que yendo de excursión ha tomado, y de observaciones cuidadosamente apuntadas en el cuaderno de bolsillo». *No cabe ser niño en dos países diferentes*, ¡admirable comentario! No cabe ser niño en dos países, y hay que haberlo sido en alguno y seguir en él, en cierto modo, siéndolo para ser poeta, pues es el poeta quien más á flor de alma tiene su infancia. Payró, en el precioso prólogo que á *Montaraz* de Leguizamón ha puesto, nos recuerda muy á propósito que «el escritor nacional, con el *alma de niño* que pedía Corot para ver la naturaleza, debe inspirarse en las cosas que le rodean, libre é ingenuamente.» Libre é ingenua, infantilmente.

Cuando quise yo hacer una obra de arte y poesía, una obra en que vertí diez años de meditaciones y contemplaciones y amores, busquéla en mi país nativo, en la tierra de mi niñez, en mis montañas vascas, y en aquella lucha entre carlistas y liberales, con cuyos ecos resuena mi infancia cuando me sube á flor de alma cantándome recuerdos. Mis estudios, mi lecturas, mis filosofías, sirviéronme para ver mejor aquel bombardeo de Bilbao, de que fui testigo y que mi memoria, como vivísima visión, me pone delante de la imaginativa.

Universalidad, sí, pero la rica universalidad de integración, la que brota del concurso y choque

de las diferencias. Aquí abajo, en medio de la orquesta, apenas oímos más que las disonancias; pero allá arriba, en el cielo del arte, óyese la sinfonía armónica que producen las razas, las religiones, las lenguas y las patrias, dando sendas notas, vibrando en su cuerda propia cada una, con su específico timbre.

Dé el pueblo argentino, como los demás pueblos, su nota, la que él sólo puede dar, y como canta Soto y Calvo en *El genio de la raza*:

Un grano habrá de tu metal nativo
En el venero inmenso de las almas
Que añade gloria á nuestra nueva gloria.

Lo que así no sea acaba en *literatura*, en el mal sentido de esta palabra, en literatismo más bien, en arte libresco de profesionales y para profesionales tan sólo. El libro es bueno; pero lo es como el lente, cuando no estando empañado, nos hace ver mejor la naturaleza á través de él, sin que á él mismo le veamos.

¡Mezquina cosa la literatura de literatura, alquimia de biblioteca, específico de escuela con su esotérica receta acaso! De toda la inmensa labor alejandrina, labor genuinamente decadentista, en la gran literatura universal de los siglos, ¿qué queda? ¿No es acaso la mayor utilidad de la pintura de paisajes enseñarnos á embellecer con la mirada el paisaje real? Y en tal sentido, el decadentismo y el exotismo ahí, como en todas partes, han llevado á cumplimiento una tarea meritoria, justo

es confesarlo, y es la de educar los ojos de no pocos poetas, para que los vuelvan al campo y á la vida que les rodea y los descubran. Pero, ¿quién va á pretender que prefiramos los *estudios*, por sabios que sean y por complicada prestidigitación que exijan del *virtuoso* sobre el teclado, á las sonatas en que vibra el aire de la tierra; ahí no el céfiro helénico, hiriendo la lira eolia, sino la brisa pampera cernida en el ombú, haciendo sonar la vieja guitarra de los *payadores mentaos*? Bueno es hacer *ejercicios*, pero para ejercitarse, nada más. Al pueblo se le da una higa de los esfuerzos profesionales por vencer la dificultad creada.

Nadie ha olvidado aquello, creo que del *Tartarin en los Alpes*, de que los *souvenirs* suizos, las baratijas con paisajes alpestres, son en París más baratas que en la Suiza misma, ¡claro, como que está en París la fábrica! ni nadie ignora que hay dibujantes japoneses que á París han ido á aprender á dibujar á la japonesa parisienada. Es natural, el esfuerzo del Cerebro del Mundo por universalizarse es vano, y más de afectación que de sustancia. No hay con más apariencias de vasta comprensión más estrecha que la del francés; hoy, como en tiempo de Voltaire, digan lo que quieran y crean lo que creyeren, siguen en el fondo de su alma teniendo á Shakespeare por un bárbaro. Léase á Zola, á Faguet, á Lemaitre, léaseles con cuidado, léase sobre todo á Taine, el francés que más ha luchado acaso por ensanchar su comprensión, léasele juzgando á Carlyle, á Walter Scott, á Dickens, á Wordsworth, y compárese lo que de ellos

dice con su espontáneo entusiasmo por el *gaulois* Lafontaine, por Racine, por Condillac. Mas esto me llevaría á otro punto, cual es el de la influencia perniciosa, por lo casi exclusiva, de la literatura francesa en las literaturas americanas. El huguismo hizo estragos, el *mercurialismo* los hace ahora. Puestos á traducir, ¿por qué no verter la *Inocencia* de Tonay, v. gr., mejor que ese insoportable *Belkiss* de Eugenio de Castro, libro que huele á polvillo de biblioteca amasado en aceite lámpara, y á orientalismo de *enésima* mano?

Claro es que hay una poesía cosmopolita, sin aparente sabor de raza, ni de religión, ni de patria, —sin sabor de lengua, no sé que pueda haberla como no esté en esperanto — como hay flores de cultivo de estufa, hermosas de verdad y aun fragantes. Libreme Dios de excluirla. Pero esa poesía sólo vive á la sombra de la otra; dejada sola, moriría al cabo, porque es infecunda. Es injerto de viejo olivo en acebuche. Pero ¡ojo con llamar cosmopolita á lo específicamente francés más ó menos de potencializado!

Parece como que en algunos americanos ha habido algo así como vergüenza de presentarse ante el mundo tales como son, temor de que les tomen por bichos raros, por una especie de avechucho peregrino bueno para contemplarlo un momento, objeto de curiosidad, que es lo que los críticos parisenses suelen hacer cuando, en vena de exotismo, se dignan fijar su atención en un extranjero, en un bárbaro. Por otra parte, lo populoso de las ciudades y lo ralo de la población campesina han

hecho que no pocos literatos argentinos, criados en ciudad, padezcan de urbanismo. ¡Cuanto más que en sus quitesenciados tipos y sus sutilezas decadentistas veo eterno fondo humano y poético en la genuina literatura criolla, popular!

Y cuidado que al decir popular no digo popular. A cuyo respecto es de leer lo que Payró dice en su ya citado prólogo á *Montaraz*: «Una obra nacional no exige para serlo estar escrita en nuestra jerga vulgar... la descripción de lugares y escenas, la pintura de sentimientos y pasiones, no requieren elementos extraños al idioma—mientras no se trate de cosas no ya sólo peculiares, sino únicas—y, por el contrario, ostentan más brillo, plenitud y eficacia, si para su ejecución ha servido el instrumento perfeccionado y afinado por el uso de siglos». Así nos presenta Leguizamón en su *Montaraz* la vida de sus campos patrios, en castellano genuino, flúido, corriente, limpio, literario en el mejor sentido de la palabra. Sí, ya lo sé, con genuino y naturalísimo zumo de vid aireada y soleada al campo abierto, hácense, merced á delicadas decantaciones y á fermentaciones prolijas, vinos exquisitos y raros, mientras el vinazo peleón con que se regodean los borrachos de taberna ó pulperia puede no ser más que alcohol de suelas, palo campeche y drogas indigestas. Ni olvido lo de Schiller en su hermosa *Canción del ponche*: «también el arte es don del cielo». Pero ¿y la materia sobre el arte opera? El arte intensifica lo vivo, pero no da vida á lo muerto, dígase lo que se quiera, ni lo resucita; puede hacer un Aquiles de Mar-

tín Fierro, pero no de un *homunculus* de retorta; depura y decanta el zumo de la vid, pero no hace champaña, ni jerez, ni oportó, en un laboratorio con simples nada más y por síntesis de química orgánica, mediante reactivos. Y en laboratorio, con simples, por síntesis químico-orgánica literaria, con reactivos cosmopolitas quieren hacernos iliadas. Más cerca está de ellas el *Martin Fierro*.

No sé si habrá ahí como aquí *original* que, repitiendo á D'Annuncio, hable del «divino César Borgia», refiriéndose á aquel famoso tirano del Renacimiento italiano, pero en tiranos—ya que hasta lo moralmente malo puede ser objeto de arte—dramatizables, la historia americana nos los ofrece que dan quince y raya á los Sforzas, Borjas y Médicis, y en héroes y patriotas rico tesoro. La guerra del Paraguay, ¿no fué homérica?

El asunto es en realidad inagotable; dejemos cortada tela, que para una sesión creo que ya basta.

SOBRE LA CARTA DE UN MAESTRO

Recibo una carta de mi amigo y compañero don Antonio González Garbín, profesor hoy de la Facultad de letras de la universidad central de Madrid y que durante muchos años lo ha sido de la de Granada.

Es el señor González Garbín un anciano venerable y benemérito, hoy casi ciego, que durante una larga vida ha estado educando silenciosa y pacientemente á generaciones de jóvenes, en el amor y el gusto de las culturas clásica, griega y romana.

Al leer esto es fácil que se encoja de hombros y deje diseñarse en sus labios una sonrisa alguno de esos que se figuran que el conocimiento directo y el trato con aquellos escritores que han amaestrado á tantas generaciones es hoy por lo menos superfluo. Pero como yo creo que aunque el conocimiento y el cultivo de la antigüedad clásica no contribuyan desde luego á aumentar las rentas de un país, contribuye y mucho, á apartar á lo más florido de sus intelectuales de los fáciles, pero funes-

tos caminos de la superficialidad, me atengo á creer que González Garbín ha hecho no poco por formar caracteres.

Aquel hombre singular, de recio temple y espíritu comprensivo; aquel hombre que parecía arrancado al marco del Renacimiento italiano y que se llamó Angel Ganivet, discípulo fué de González Garbín y muchas veces le oí hablar de éste con granísima veneración y como del hombre que más había contribuido á formar su espíritu.

Y ahora viene lo de la carta á la que en la primera línea de este escrito me refiero. Y es que en ella, hablándome González Garbín de ciertas sentencias y originales observaciones — es su frase— de un escritor español contemporáneo cuyo nombre callo por razón que me reservo, aunque dejándola adivinar á los agudos, añade: «Ellas me hacen recordar á aquel discípulo amadísimo mío Angel Ganivet en el que perdió la patria española un gran pensador y un consejero de gran valía, de nobilísimo corazón. Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de gran aflicción. ¡Yo en un corto período de tiempo he llorado á mi querido Angel; á Rafael Torres Campos, que se había conquistado merecida nombradía como científico y pedagogo; y al culto elegante escritor Atienza, que enaltecía el nombre de España más allá de los mares!»

Pocas veces he encontrado en carta alguna con pasaje tan conmovedor en su severa sencillez clásica, y ha de permitirme el venerable maestro que lo saque al público.

Llevo unos veintitrés años dedicado al magisterio—en esta universidad diez y siete—y son ya bastantes los jóvenes que por mí han pasado y creo estar en tan buena disposición como el que más para comprender toda la íntima amargura, toda la intensidad de afectos que late bajo esta sencillísima frase: Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de gran aflicción.

Yo, que sé cuánto quería Ganivet á su maestro Garbín y de cuánto se le confesaba deudor, comprendo todo lo profundo de la aflicción que debió de embargar el alma del maestro al saber la temprana y malograda muerte del discípulo que más y mejor había de reflejarla. Es un dolor comparable, creo, al del padre que ve morir á su hijo cuando éste empieza á formar familia y á continuar en ella la sangre y el nombre de aquél, antes de que á su vez tenga hijos.

Porque la existencia de nietos que perpetúan su nombre y su sangre, ha de templar en cierto modo la pena por la muerte del hijo.

¿En el prestigio de tantos hombres, cuyos nombres la fama lleva y exalta, hasta qué punto entra la labor oscura de sus maestros?

A las veces salva los mares del olvido en la historia algún maestro venerable, que nada nos dejó escrito, pero cuyo nombre pronuncian con respeto los que fueron sus discípulos. Así, el nombre de Sócrates que Platón y Jenofonte, sobre todo, nos lo han transmitido rodeado de inmarchitable gloria y que con ella persiste á pesar de las fáciles rechiflas de Aristófanes. Porque el «titeo», como tiene

origen tan miserable y mezquino, se hunde pronto.

No nos damos bien siempre cuenta de lo que es esa labor oscura y tenaz, de lo que es la obra de a palabra viva vertida un día y otro día en la intimidad del afecto que crea el trato, mirándose maestro y discípulo á los ojos, sintiéndose mutuamente la respiración cálida.

He escrito mucho en los años que llevo de vida —tal vez demasiado—pero puede ser que si bien mi nombre se salve, si es que se salva, del olvido, merced á esos mis escritos, mi espíritu, ó mejor dicho, aquella parte del espíritu común que se me confió en depósito, perdure vivo después de yo muerto, gracias á esa labor oscura y paciente, de pecho á pecho, gracias á mis discípulos por España y fuera de ella derramados.

La frase sencillamente afectuosa de la carta de Garbín, me trajo á la memoria lo que con un discípulo me pasó:

Llegó acá, hace ya algunos años, cuando empezaba yo mi magisterio universitario, un muchachito de Arévalo, Mamerto Pérez Serrano, —no quiero callar su nombre, ya que su alma descansa en el eterno descanso — que venía á estudiar filosofía y letras. Era muy vivo y muy despierto el mozo, pero muy pobre. Pretendió una beca y no la consiguió. Tuvo que seguir su carrera con no pequeños apuros. Era en mi clase el más adelantado y el que más progresos hacía, y, sin embargo, no me cabía duda alguna de que apenas estudiaba fuera de ella. Todo lo tomaba á oído, y había que verle oír. Verle, digo, porque oía hasta con los

ojos. Pasábase buena parte del tiempo libre, jugando al dominó en el café.

Como yo en mi clase he procurado siempre no sólo enseñar aquella disciplina para cuya enseñanza me tiene aquí el Estado, sino además despertar con esa misma enseñanza el espíritu de mis discípulos y educarles el gusto y la aspiración á lo serio, hondo y clásico, me fijé en el jovencito de Arévalo y puse en su porvenir grandes esperanzas. Y, después que acabó la carrera, siguiéndolo con el pensamiento y el afecto, como sigue siempre todo maestro á todo discípulo aventajado, me preguntaba: ¿qué se habrá hecho de Mamerto?

El pobre Mamerto no tuvo suerte. Tuvo que ir al servicio militar y se fué con nuestro desgraciado ejército á Cuba, y después de aquella triste derrota volvió derrotado también, con el alma y el cuerpo enfermós.

Volvió á su pueblo natal, Arévalo, y volvió á morir. Y cuando yo supe su temprana muerte, pasé por uno de esos ignorados días de luto y de gran aflicción por que los maestros pasamos.

El lector habrá de perdonarme el que le ponga delante de estos recuerdos tan íntimos y tan personales; pero ¿es posible acaso dar fuerza á las reflexiones que estoy ahora exponiendo, como no sea ungiéndolas con la unción de la intimidad?

Es nuestro egoísmo y nada más que nuestro egoísmo, es el egoísmo ingénito y connatural en todo hombre; pero agravado y exacerbado en el escritor, es el egoísmo, y sólo el egoísmo, el que nos hace agarrarnos más á esta labor de publicis-

ta que va unida á nuestro nombre, que no á esa otra labor silenciosa de maestros orales en que derramamos nuestro espíritu.

Y este nombre de maestros no implica en este caso nada de petulancia, sino que es, por el contrario, el más sencillo y el más humilde, pudiendo á la vez llegar á ser el más sublime. Maestro es el que enseña las primeras letras, y ni él las inventó ni para transmitir su enseñanza hace falta ni una inteligencia poderosa ni menos conocimientos extraordinarios. Pero puede enseñarse á leer con tal espíritu y poniendo en ello tanta alma y tanto amor y tanta dedicación religiosa, que llegue á verdadera sublimidad de magisterio la enseñanza de las primeras letras.

No, el llamarse maestro no implica petulancia. Un maestro no es un sabio. Por maestro me tengo y en mi enseñanza he procurado siempre poner todo el ahinco y todo el amor de tal: pero en cuanto á lo de sabio, no una, sino mil veces he rechazado semejante calificativo, que, creyendo por lo demás muy honroso, sé que no puede aplicárseme sino por una ingenua benevolencia ó por un miserable «titeo» de raíces emponzoñadas.

Ya sé yo lo extraño que hoy resulta escribir dejando que el corazón mueva la mano; ya sé que á muchos les parece no ya impúdico, sino hasta antipático, el que en vez de andar escojiendo las palabras y puliendo los párrafos se deje abierta la corriente de los afectos; pero aun así y todo, no dejaré de decir que si creo haber merecido la vida no es por los conocimientos que haya podido tras-

mitir á otros, sino por ánimos que haya logrado levantar. «Cuando hayan pasado algunos años después de haber dejado los bancos de mi clase,—suelo decir—los más de mis discípulos habrán olvidado casi todas las doctrinas que les transmití, pero de mí no se habrán olvidado».

Y hablando ya menos personalmente he de decir que sucede, no una, sino muchas veces, que un escritor se apodera del ánimo de sus lectores y éstos creen que es por su ciencia, por la novedad ó la profundidad de sus pensamientos y observaciones, y no es por eso, sino por cierto calor íntimo que circula por dentro de sus escritos. Y en cambio, hay otros que quieren poner calor y sólo ponen vistosidad de llamarada.

Y volviendo á mí, he de añadir que estoy seguro de que cuando hayan desaparecido los ingenuos y los maliciosos, que me motejan de sabio—aquéllos por benevolencia y por malevolencia y pequeñas pasioncillas rastreras éstos—habrá muchos que me harán la justicia de comprender y sentir que si logré alguna vez algo, es por haber escrito con el corazón.

¿González Garbín es acaso un sabio? No digo que no lo sea en cierto respecto, pero su nombre no va unido á ningún descubrimiento importante en la rama de los estudios de humanidades clásicas á que viene dedicado. No se le cita como á un erudito de nota ni como autor de trabajos fundamentales. Todo lo que de él conozco, fuera de alguna cosa suelta, es un manual de literaturas griega y latina, muy bien escrito, como todo lo que él es-

cribe, pero que no pasa de ser un manual como otro cualquiera, un sencillo libro de texto de enseñanza sin pretensiones.

Pero conozco de él algo que vale más que todos los manuales habidos y por haber, por muy buenos que ellos sean, y son las palabras de Angel Ganivet, cuando hablaba de su maestro, de aquel á quien tenía por su maestro por excelencia.

No fué mucho, hay que confesarlo, el griego que de él aprendió, como no fué mucho el que aprendí yo de mi maestro, don Lázaro Bardón; pero nunca pronunciaba Ganivet el nombre de Garbín, sin la profunda reverencia envuelta en el más cálido cariño con que pronuncio yo el nombre de mi maestro Bardón. Porque éste era no un catedrático de lengua griega, sino todo un hombre, y jamás su recuerdo se borrará de mi memoria.

Leyendo hace poco el excelente libro que sobre Walt Whitman, ha publicado León Bazalgette, me detenía á reflexionar sobre lo que nos dicen acerca del efecto de presencia que el noble maestro de Camden producía sobre todos los que se le acercaban, de aquella especie de magnética influencia que irradiaba de su persona. He conocido hombres así, aunque tal vez no he tenido la dicha de conocerlos en el grado de Walt Whitman, y uno de esos hombres era Bardón. No eran las cosas que decía las que nos impresionaban, sino su modo de decir las: el gesto, el tono de su voz, la autoridad, en fin, con que las pronunciaba. Las cosas más vulgares se trasformaban en nobilísimas en sus labios.

Esta acción personal de don Lázaro la experimentó también Rizal, el tagalo, como he podido observar leyendo sus notas de estudiante en Madrid, y encontrando alguna reminiscencia de cosas de Bardón en sus escritos.

Creo saber el secreto de aquella su autoridad, y es el secreto mismo de la autoridad íntima de Walt Whitman. Estriba en que estos hombres, aunque no faltos de un cierto dulce y humano humorismo, son serios, fundamentalmente serios, profundamente serios. Lo toman todo en serio, hasta la broma misma, y si saben jugar es seriamente. Son todo lo contrario de los necios señoritos más ó menos estetas enamorados de superficialidades y aficionados al «titeo.»

Y por almas así, que irradian noble seriedad, ¡cuántos ignorados días de luto y de gran aflicción no han de pasar!

Si el párrafo de la carta del maestro de Ganivet, que me ha inspirado este escrito, me ha llegado tan adentro, es porque en medio de tanto mequetrefe que busca unir su nombre á garrambainas literatescas y cuando barrunta no poder lograrlo, se venga de su suerte «titeándose» de todo lo que no siente, levanta el ánimo el encontrarse con espíritus nobles, cuyo ahínco fué hacer sentir á los demás la augusta seriedad de la vida.